

caron en el corazón encuentran en él una singular acogida. Un sentimiento comprensivo, una cálida luz le va sirviendo de meta ideal. No deja jamás que sus sueños se marchiten, y con el alma entera va y viene por todos los rincones de su propia sensibilidad dándonos una elocuente lección de sinceridad emotiva. De Coronel se pudiera decir aquellas palabras de quien sentía que la felicidad no es una quimera; «Mi vaso es chico, pero yo bebo en mi vaso». Puede ser ese el secreto de la vida. El magnífico secreto de huir de la sombra, de sortear las ciénagas fétidas en donde el egoísmo flota con sus emanaciones malsanas. Los profetas no llevan a cuestas un bagaje de virtud, pero iban acorazados de su fe. Y esta era la única manera de que sus doctrinas cobraran vida y perforaran la corteza dura y áspera de la más terca realidad. La obra poética de Rafael Coronel tiene esa característica. Posee la celeste transparencia del ensueño que nada puede enturbiar.

<https://doi.org/10.29393/At238-46ASDI10046>

AVENIDA SAN JUAN 128.

El señor Gregorio Amunátegui ha escrito una novela, recientemente publicada, que ha producido vivo revuelo en los círculos de la política y del gran mundo social, en el cual, según entendemos, actúa su autor, político de renombre y Senador de la República, en la actualidad.

Creemos que el arte literario es uno de los más difíciles de lograr en esa medida que sobrepase la mediocridad y llegue, si no a la obra de genio, por lo menos a ser el exponente de un verdadero talento literario y a fuer de ser sinceros, hemos de declarar que la lectura del libro del señor Amunátegui nos deja una impresión desconcertante. Los capítulos de la novela están bien redondeados, tienen una segura realización en su propósito de pintar cuadros de ambiente. Mas, los personajes y el ambiente mismo tienen algo de huidizo, de fotografía que se veló en el preciso momento en que iban a reflejar la imagen más nítida.

Porque Juan Valdemar, ¿acaso dice algo de su tragedia interior? Lo vemos actuando en lo externo y sufriendo molestias y desengaños ya sea en los eternos cambullones políticos en los que experimenta inesperados desengaños con los que cree sus mejores amigos. Y también en el hogar. Su mujer, fría, mundana, preocupada solamente de fórmulas sociales, antes que ser la esposa comprensiva y tierna induce al hombre a buscar el refugio amoroso en otra mujer que también, como él, es casada. Pero todo esto está contado fríamente sin que los nervios del señor Amunátegui se exalten, ni veamos lo íntimo de Juan Valdemar. ¿Es que no hay nada más allá de su molestia exterior?

Muchas veces, leyendo el libro—lo leímos de punta a cabo—con interés y eso va en abono del novelista, sentimos el deseo de saber qué es lo que hay más allá de la frívola charla de esa gente que desfila verticalmente por el ascensor del edificio del departamento de la avenida San Juan 128. Las conversaciones se mantienen por lo general en un tono convencional. El autor parece que eludió deliberadamente ir al encuentro del alma de sus personajes y, por medio de su arte, mostrárselas al lector en su verdadera profundidad.

No podríamos pasar por alto ciertas cualidades interesantes en el señor Amunátegui como novelista. Sabe llevar el hilo de su relato sin que se le enrede la madeja, y los personajes van saliendo a la escena con cierta regularidad un poco irregular, pues la vida no es sino una eterna sorpresa. Pero en todo caso esto acusa habilidad para realizar la composición literaria y dar la sensación equilibrada de una novela realizada conforme a los clásicos moldes. «La avenida San Juan 128». es, por muchos reparos que se le pongan, un buen documento de la vida que lleva la clase alta santiaguina. De la pintura que hace el señor Amunátegui resulta que esa gente es frívola y egoísta. No hay tipos que destaquen su grandeza de alma y su generosidad a excepción de Raquel, que es el personaje con más relieve de simpatía y sentimiento.